



Peña Cultural y Carnavalesca
"La Salle-Viña"



1º PREMIO PROSA 2.004

PARTICIPAR EN EL CARNAVAL (SEA COMO SEA)

Llegué a Cádiz hace muchos años desde un pueblecito del norte de España llamado Villabrutillos del Membrillo, el cual, además de no ser el más fino del país carece por completo del sentido del humor. Por eso me sorprendió desde el primer momento la idiosincrasia del gaditano, sobre todo durante el carnaval, del cual supe que acababa de ser declarado de interés turístico internacional, lo que pasa es que mi pueblo no era ni turístico ni internacional y por lo tanto del carnaval de Cádiz no sabía lo mismo que Cádiz de mi pueblo. El primer año lo pasé en grande con la fiesta recién descubierta, pero cuando se acercaba el año siguiente se apoderó de mí un fuerte deseo que me decía y ordenaba que yo debería participar en el carnaval de alguna forma como protagonista y no como pasivo espectador.

Lo primero que se me ocurrió fue intentar salir cantando en alguna agrupación. Por medio de un amigo me presenté al casting; perdón, quiero decir a las pruebas de una comparsa que aunque no era de las mejores tampoco era de las peores, ni siquiera era mediocre sino que iba a ser de nueva creación. Un chaval armado con una guitarra y con rostro serio pero amable me pidió que le cantara una coplilla carnavalesca; yo, la única que me sabía medio bien era una que hablaba de un barco muy famoso; no era el Titanic sino uno más pequeño que solía ir al Puerto de Santa María. Mi examinador me interrumpió antes de llegar a la mitad de la copla y mirándome con cara de alucinación me preguntó: ¿tú estás cantando en serio o de cachondeo?. No me hizo falta más explicaciones para comprender el suspenso categórico de mi primer escarceo carnavalesco.

Como los de mi pueblo natal somos de los más cabezotas que existen en la geografía ibérica, yo no iba a ser menos y no me rendí ante aquel primer desengaño que me llevé, y siguiendo nuevamente los consejos sabios de otro amigo que me apreciaba más que mi propia suegra, probé fortuna en un coro, pues, según me dijo el colega, ahí sería más fácil encontrar hueco por tratarse de un grupo mucho más numeroso que la comparsa, y por tanto con más posibilidad de infiltración de alguien que como yo no pasaría a la historia por mi portentosa voz. Esta vez la prueba que me hicieron fue un auténtico examen; vamos, que ni para la administración pública sería más meticuloso, pues me preguntaron por mi procedencia, mis estudios, mi trabaja, mi familia, mis aficiones, mis gustos musicales, mi currículo carnavalesco y por la historia de Cádiz. Me dijeron que aquel era un gran coro y que había muchos candidatos para entrar, que incluso había lista de espera y que no podían meter a cualquiera. Me probaron la voz de compromiso, haciéndome cantar la copla que mejor me supiera, y se me ocurrió escoger el pasodoble del barquito, aunque no pude llegar ni siquiera a la mitad, pues me dijeron que ya me llamarían si les hacía falta. Dos décadas después sigo esperando la llamada. Pero tampoco me rendí.

Pensé inteligentemente que si en las agrupaciones más serias no tenía sitio sería porque ni ligar sería el de la chirigota, donde estaba la gracia gaditana. Sin recomendación esta vez de ningún amigo me presenté por la cara en los primeros ensayos de una chirigota de la cual supe que estaba incompleta. El director de la agrupación, un "vacileta" genuino con alta sabiduría callejera me pidió que le cantara algún "cuplessito grassiosso", y se troncharon de risa cuando les dije que me sabía el "último cuplé" de Sarita



*Peña Cultural y Carnavalesca
"La Salle-Viña"*

Montiel. Cuando se dieron cuenta de que no era ningún chiste sino la cruda verdad se rieron todavía más y me permitieron que cantara lo que me saliera "del alma" pero que fuera rápido; volví a cantar la copla del barquito pero también me interrumpieron a la mitad entre unas carcajadas más fuertes aún. No sé qué querría decir el director vacileta cuando me explico que yo tenía un oído en Chipiona y el otro en Castellar de la Frontera, pero la cosa es que me invitaron a marcharme, y a que probara suerte en el Orfeón Donostiarra.

Cualquiera hubiera mandado a tomar viento al carnaval de los demonios, pero yo soy un auténtico chicarrón del norte y ante el obstáculo me crezco. Y fue la casualidad la que llevó a una tasca gaditana, un bar de esos que llaman baches en los cuales sus clientes parecen insaciables esponjas. Allí, tres degustadores del agua de fuego hablaban de sus deseos de formar un cuarteto para el próximo carnaval, pero se lamentaban que tenían que conformarse con un trío, pues no encontraban a nadie que les acompañaran. Yo, vi mi oportunidad y me ofrecí sin condiciones. El líder del grupo me dijo que tenía que comprobar si reunía las facultades adecuadas porque ellos querían un cuarteto que diera el "pelotasso". En un pequeño local de ensayo el "señor director" me dijo: "Bueno picha, recita una parodia pa ve la grassia que tiene, que el cuarteto es lo difisi que hay". Yo me quedé en fuera de juego pues ya no valía cantar la copla del barquito, y de parodia estaba más perdido que la selección española en la Eurocopa, sin ánimo de polémicas. Entonces me acordé que de niño en las fiestas del colegio representé una obra de teatro de William Shakespeare esa en la que se dice eso de: "Ser o no ser, e aquí la cuestión" y pensé que eso mismo valdría para demostrar mis dotes interpretativas, pero llevaría aproximadamente un minuto cuando el "señor director", que estaba un poco colocaete, me cogió con una mano por el cuello y me amenazó con partirme la cara si seguías cahondeándome de él. Los otros dos, que eran más piadosos, calmaron a su compañero y me aconsejaron que pusiera la quinta marcha y me largara de allí. ¡Qué difícil y peligroso resultaba participar en el carnaval gaditano!. Pero yo seguiría como el tren de Alicante, siempre hacia delante.

Entonces enfoqué la estrategia de forma más personalizada, evitando tanto contacto con los experimentados comparsistas, y decidí dedicarme a la composición de música carnavalesca. Como no sabía tocar la bandurria, ni la guitarra, ni el laúd, ni el bombo ni... nada de nada, utilicé el tralará, tralarero para mis creaciones. En tres semanas compuse lo que yo creí que era jun tanguillo y se lo tararé a un compañero de trabajo preguntándole qué le parecía, a lo cual me contestó. "Si le cambias un poco del principio, le quitas el final y le retocas la parte del centro puede servir para una canción de King Africa". Aunque soy de un pueblo bruto comprendí perfectamente que mi compañero me aconsejaba que ese camino no era el mío. Pero ¿cuál era mi camino, qué podía hacer yo para participar en el carnaval sin atentar contra el arte?. Por probar, también lo intenté con las letras de las coplas. Como necesitaba una música para escribirlas, utilicé el pasodoble del barquito. Estuve unas dos semanas luchando con las rimas asonantes, consonantes y disonantes y con los símiles, metáforas y silogismos pero no pude rellenar más de cuatro versos que además no me cabían en la medida metricomusical; además, me faltaban temas para desarrollarlos, se ocurrían menos ideas que al actual concejal de fiestas y gasté dos cajas de Termalgin para el dolor de cabeza de tanto pensar. Otra batalla perdida.

Llevé mi testarudez hasta las últimas consecuencias y traté de emular a los afamados sastres y costureras del carnaval, pues pensé que quizás mi ingenio podía desarrollarlo confeccionando disfraces. A modo de ensayo comencé con un disfraz para mi pequeña hija ante la desesperación y los ojos alucinados de mi señora sufridora que nunca antes me había visto coger una aguja a no ser que fuera para comer



*Peña Cultural y Carnavalesca
"La Salle-Viña"*

burgaillos. Después de darme 37 pinchazos con la aguja en los dedos y un puntazo perdido en el huechilu izquierdo mi esposa me amenazó con pedir el divorcio si no dejaba de hacer tantas barbaridades estúpidas.

Pensé en intentar aprender de los artesanos del carnaval, pero me acordé que en el colegio me ponían siempre un suspenso en trabajos manuales. Al año siguiente me puse a vender globos de gas en la cabalgata pero se me escaparon todos de las manos y encima pagué los gastos al proveedor. Monté un chiringuito callejero en la Viña y la policía me multó con un ojo de la cara. Al año siguiente quise vender papelillos y serpentinas en un tenderete pero se estropeó todo el material con un tremendo chaparrón que cayó el primer día de venta...

Por fin admití hace 5 años que no tenía ningún sitio en el carnaval. Tendría que seguir siendo un vulgar espectador; uno entre miles. Había que rendirse a la evidencia. Pero...llegó la inspiración.

Aquel año del señor, comprendí mi destino, descubrí mi lugar, pues de acuerdo con mis habilidades me convertí, y acerté, en Derrotista del carnaval. En todos sitios me temieron y respetaron. Pude tenerlo todo a la vez, pues de todo pude opinar desde entonces. Luego, alguien me contrató para escribir mis críticas en un periódico local. Más tarde me llamaron de una emisora radiofónica de Cádiz y hoy en día he ampliado mi labor a una emisora de TV, también de la localidad. Soy importante en el carnaval. Y en Villabrutillos del Membrillo me han dedicado una calle.

Y si ustedes quieren les canto el pasodoble del barquito.

TESTARUDO